

EPILOGO

LA INUTILIDAD DE LA CENSURA PARA EL TEATRO POLITICO

El teatro político ha sufrido crisis en casi todos los países que han luchado por la libertad en cualquiera de sus múltiples formas, por más que la verdadera libertad es única e indivisible. Para cerrar este libro, traigo a él un suceso que en su tiempo provocó en Francia uno de los escándalos de mayor repercusión en Europa y América: la suspensión gubernativa de la representación de un drama de Victorien Sardou, ahora completamente olvidado.

El 24 de enero de 1891 se representó por primera vez en París, en la Comedie Française, el drama en cuatro actos de Victorien Sardou, titulado *Thermidor*. La pieza no tuvo más que dos representaciones, pues en vista de la excitación política que ocasionó, prohibióse que continuaran aquéllas. Conviene reproducir aquí las opiniones que ya en la Cámara, ya en la prensa, dieron sobre el asunto tres distinguidas personalidades francesas de la época; lo hacemos nada más con fragmentos de lo expresado.

Dijo Joseph Reinach, el gambetista fidelísimo: “Reprocho al Gobierno cuando prohíbe la representación de una pieza en la cual no se ha hallado otra cosa que protestas contra el terror, la guillotina en permanencia, la ley de Prairial... Sí, pregunto al Gobierno, si al prohibir esta pieza ¿ha previsto qué interpretación se daría en este país a semejante prohibición? Es una cuestión que os planteo con la mayor moderación, porque estimo que es el lado político de la cuestión, y que importa que la verdad quede establecida. ¡Cómo! Sois la República victoriosa y que siempre ha puesto su honor en ser a los ojos del mundo el gobierno por excelencia de la justicia y de la humanidad, y os encontraríais ofendidos en vuestra persona, os encontraríais insultados en vuestra doctrina, desco-

nocidos en vuestros orígenes, cuando sobre el escenario de un teatro, que es el de Molière y de Voltaire, los cómicos se permiten representar a ese Tartufo político que se llamaba Robespierre, y proclamar allí los sentimientos de tolerancia y de libertad!”

Dijo en la Cámara George Clemenceau:

“Voy a decir por qué daré al Gobierno mi voto de confianza. Se ha representado en la Comedia Francesa una pieza que indisputablemente está dirigida contra la Revolución Francesa. Hay que hacer a un lado todos las tartuferías de que se han servido para disfrazar el hecho. Seguramente no se podría, sobre el escenario de la Comedia Francesa, hacer la apología de la monarquía, y entonces se ha hecho la apología de los dantonistas. Por consiguiente, la pieza de que se trata está dirigida contra la Revolución. Y hemos visto al señor Joseph Reinach venir aquí a pretender expurgar a la Revolución Francesa. Ha venido a decirnos: “Acepto ésto, rechazo aquéllo. Querámoslo o no, que nos plazca o no nos plazca, la Revolución Francesa es un bloque, un bloque del cual no se puede quitar nada, porque la verdad histórica no lo permite... Es una tarea fácil venir a decir, después de cien años, que se ha ido demasiado lejos. Sí, ha habido víctimas inocentes durante la Revolución, y yo las lloro con vosotros. Pero cuando los antepasados de aquellos que me interrumpen, mataban a los prisioneros hechos por la Vadée, ¿acaso no eran éstos víctimas inocentes? ¿Habéis olvidado el Terror blanco? Y ahora, si queréis saber por qué, a consecuencia de este suceso sin importancia, a consecuencia de un mal drama representado en la Comedia Francesa ha habido tanta excitación en París y hoy en la Cámara, ello es porque esa Revolución dura todavía; porque son los mismos hombres los que se hallan enfrente de los mismos enemigos.”

Y dijo Alfred Rambaud, el ilustre historiador: “El señor Clemenceau sólo tiene desdén para «esta vieja tesis de escuela que consiste en fijar soberanamente lo que se puede aceptar de la Revolución Francesa y lo que no se debe recordar de ella». Así, la Revolución Francesa no es un hecho, es un dogma, como la doctrina de la Iglesia Católica: hay que tomar o dejar. Hereje quien pretenda quitarle una jota. Después de los girondinos que destruyeron la obra constitucional de Bailly y de Lafayette, después de Dantón y Camilo Desmoulins, que ayudaron a la caída de los girondinos, estoy forzado a aceptar a Robespierre y a Saint-Just, que enviaron al cadalso a Dantón y a Camilo Desmoulins. ¿Y aún es bastante aceptar a Robespierre y a Saint-Just? No, evidentemente: hay que

ir hasta Lebon d'Arras, Hermann y Sansón. En bloque, os digo. Sabemos cómo los silbadores de la Comedie Française entienden la libertad del arte dramático. El maestro mismo se ha dado el trabajo de enseñarnos cómo entiende la libertad de la crítica histórica. Esta se reduce a una adoración, prosternada ante una colección de buenos dioses más numerosos que los del panteón hindú, y que todos tienen derecho a nuestro incienso. Los devotos no tienen que ocuparse en saber si unos han enviado a los otros al cadalso: eso no le importa... Queda por triturar y reducir a pasta el libro de Edgard Quinet, que comienza por estas líneas: «El verdadero medio de honrar la Revolución es llevar una alma libre en su historia.»

